

**INTERVENCIÓN DE D. V. GISCARD D'ESTAING,
PRESIDENTE DE LA CONVENCION EUROPEA,**

**ANTE LA SESIÓN INAUGURAL
DE LA CONVENCION DE LOS JÓVENES**

Bruselas, 10 de julio de 2002

**Señor Presidente de la Comisión de Juventud,
Señora Comisaria,**

Señoras y señores representantes de la juventud en la Convención:

Como Presidente de la Convención Europea, me corresponde el honor de inaugurar la sesión de la Convención de los jóvenes.

El pasado 28 de febrero, durante la sesión inaugural de la Convención Europea, propuse que se organizase una Convención de los jóvenes de Europa y que ésta celebrase una sesión idéntica a las de la propia Convención.

Hela aquí reunida hoy.

¿Por qué esta Convención de los jóvenes?

Se nos ha encomendado la misión de proponer la organización de la Europa del futuro. Somos conscientes de que construimos esa Europa sobre todo para ustedes.

¡Ustedes son el futuro de Europa!

Nos ha parecido por ello indispensable recabar las opiniones y escuchar las ideas de los protagonistas de la Europa de 2020.

Europa les pertenecerá a ustedes. Ustedes vivirán y trabajarán en ella, le darán vida y, sin duda alguna, la transformarán de nuevo.

Será una Europa distinta de la que nosotros hemos conocido y de la que imaginamos en un principio.

Dará continuidad al proyecto inicial, que fue una obra de gran audacia y valentía si tenemos en cuenta el contexto en que se lanzó, pero tendrá que adaptarse a nuevas circunstancias.

El proyecto de los años cincuenta consistía en ofrecer a nuestro continente la paz y la reconciliación. También pretendía crear un mercado común derribando las barreras comerciales omnipresentes, mercado que constituiría una etapa en el camino hacia una unión progresiva de Europa.

Esos tiempos están ya muy lejos. Sin embargo, aún pueden ustedes atisbar, a corta distancia –una o dos generaciones–, la mirada atónita de los miembros de sus familias que conocieron los infortunios de la antigua Europa, asombrados de verles aquí reunidos. Ellos fueron los testigos de esa antigua Europa, y a menudo también sus víctimas.

El camino que hemos recorrido en cincuenta años es asombroso.

La idea de una guerra intraeuropea, que llena los libros de historia y los cementerios, ha desaparecido de nuestras mentes, eliminada, erradicada.

La paz y la reconciliación se han instalado en Europa.

Ustedes son testigos de ello. ¡Pueden aplaudirles!

Europa se ha dotado de un Parlamento, elegido por sufragio universal, que es quien les acoge hoy, de una Comisión cuyo papel es expresar el bien común de Europa, de un Consejo que reúne

periódicamente a los jefes de Estado y de gobierno para fijar las orientaciones políticas generales.

Mencionemos, por último, que la mayoría de los europeos disponen, desde el pasado 1 de enero, de una moneda única, que llevan ustedes en el bolsillo, ¡en cantidades demasiado pequeñas a su juicio, sin duda!

Todo esto está muy bien.

¿Por qué ir más lejos, entonces?

Porque Europa ha cambiado.

Y porque el mundo, también, ha cambiado.

Europa se ha ampliado.

Partimos de un pequeño grupo de países fundadores, situados en el Oeste de Europa, representados hoy en este hemisiciclo por integrantes de la Convención de los jóvenes.

Este núcleo aumentó gradualmente, pasando de seis a quince Estados.

Después, con el derrumbamiento del imperio soviético a partir de 1990, pasamos a una nueva era: la de la unificación, por fin posible, del continente europeo.

Nuestra Convención reúne a los representantes de todos los Estados miembros y de todos los países candidatos.

Es la única institución de la Unión Europea en la que trabajan juntos.

Les acogemos con los brazos abiertos. Les pido un aplauso para ellos.

Esta Unión Europea ampliada, integrada por casi quinientos millones de habitantes, constituirá el tercer grupo humano de nuestro planeta, precedido sólo por China y la India.

Será también un conjunto de gran diversidad, por sus numerosas lenguas, culturas, modos de vida, legislaciones y, al menos en un principio, sus diferentes niveles de desarrollo económico.

Nadie debe infravalorar las dificultades que plantea el reto de la organización duradera y democrática -¡sin precedentes históricos!- de una Unión de más de 25 Estados, cada uno con su identidad histórica.

Las instituciones e instrumentos de actuación de este gran conjunto, que sufren de lleno el “efecto del número”, requieren un reajuste que les dé mayor claridad y eficacia y que los haga más democráticos.

Ésa es la primera labor de nuestra Convención.

Pero ¡también el mundo ha cambiado!

La mundialización, impulsada por la inmediatez de las comunicaciones, la rapidez de los desplazamientos y la intensificación de los intercambios, ejerce una fuerte presión sobre nuestro modo de vida, la localización de nuestras actividades, nuestra cultura y nuestros sistemas sociales. Nos impone un pesado régimen de “pensamiento único”. Al derribar las fronteras, la mundialización ha traído a la vez oportunidades y riesgos.

He aquí dos ejemplos:

Mencionaré, en lo tocante a las oportunidades, que el pasado mes de marzo fui a Shanghai, en vuelo directo sin escala, en un avión de construcción europea, algo inconcebible hace treinta años, porque ningún país europeo por sí solo, ni siquiera el más grande, habría podido lograr este resultado.

En cuanto a los riesgos, la delincuencia transfronteriza, la trata mafiosa de mujeres, niños e inmigrantes ilegales a quienes se ha vendido el paraíso, se han convertido en una realidad cotidiana. Es imposible hacer frente a esta trata de personas si la actuación judicial y policial ha de tropezar con las fronteras.

En este mundo nuestro, cuya organización se vuelve continental, ¿cómo puede Europa hacer oír su voz, expresar su mensaje y defender sus intereses?

No lo conseguirá de ningún modo si actúa de forma dispersa.

Si Europa tiene un mensaje que transmitir, una experiencia de libertad y de tolerancia que difundir y una solidaridad que compartir, su única posibilidad de hacerlo es hablando a escala internacional con una sola voz.

¿Cómo organizar pues esta presencia de Europa en el mundo?

Ése es el segundo cometido de nuestra Convención.

Ésas son las dificultades que ha de resolver la Convención Europea, y la razón por la cual los necesitamos a ustedes.

Están ustedes aquí para iluminarnos el camino.

Necesitamos su imaginación y su libertad de pensamiento.

Ya dijo el poeta Ronsard que “el verdadero tesoro de la humanidad es la verde juventud”.

Serán ustedes enteramente dueños de la organización de sus trabajos.

Sólo hay dos normas: la libertad de expresión y la tolerancia.

Los miembros de la Convención que les han designado a ustedes han querido que sean expresión de la diversidad: por sus orígenes nacionales, sus lenguas y su experiencia profesional. Muchos de

ustedes son estudiantes, pero otros se han integrado en la vida activa, como artesanos, asalariados o educadores.

Los miembros de la Convención que los han designado han querido elegirles directamente sobre el terreno, para que transmitan ustedes un mensaje auténtico. Han fijado un límite de edad, de 18 a 25 años, para que todos se sitúen en un plano de igualdad.

Las mujeres están ligeramente más representadas que los hombres. Me parece excelente.

Lo que esperamos de ustedes es que expresen sus convicciones personales, las que llevan en la cabeza o en el corazón, y no una mera repetición de lemas convenidos.

¿Qué esperan ustedes de Europa?

¿Cómo imaginan su organización? ¿Qué cometido desean que tenga la Unión, cuál sus Estados miembros y cuál sus entes regionales y locales?

¿Cuáles son los defectos de Europa que ésta debe corregir, cuáles ha de evitar?

¿Qué lugar debe ocupar en el mundo?

¿Debe dotarse de medios para garantizar su propia defensa?

Dígannos qué esperan de nuestros trabajos y aconséjennos sobre la forma de orientar nuestra Convención.

Cuando inauguré esta Convención, invité a sus miembros a que soñaran, y a que hicieran soñar con Europa.

Quizá la expresión suscitó sonrisas, pero el mensaje quedó claro.

Hoy les pido a ustedes lo mismo.

El talento de soñar, ese maravilloso don que transforma instantáneamente el mundo, es un privilegio de la juventud.

Hace sesenta años, si hubiésemos reunido a jóvenes británicos, alemanes, franceses o neerlandeses, habrían soñado con la paz. La paz es una realidad hoy.

Si hace veinte años hubiésemos preguntado a jóvenes checos, húngaros, letones o polacos cuál era su sueño, habrían hablado de

libertad, de independencia para sus países y del final de la división de Europa. Estos sueños son hoy realidad.

Dígannos qué sueños desearían ustedes hacer realidad de aquí a veinte años.

Ustedes saben que tenemos que preparar un documento para el futuro, una constitución o, si así se prefiere, un tratado constitucional para Europa.

Ayúdenos a encontrar el impulso necesario para redactarlo, convirtiéndose, en nuestra Convención, en los portavoces de los sueños.

Ustedes son los ciudadanos de la Europa del futuro.

Comiencen a ejercer, aquí y ahora, sus derechos y sus obligaciones.

Les cedo con alegría la palabra.

Pero antes de expresar sus pareceres, les pido que escuchen a los representantes de las instituciones europeas: el Parlamento Europeo y la Comisión.

La Señora Thorning-Schmidt, una de las representantes más jóvenes en la Convención, les dirá unas palabras sobre la Presidencia danesa.
